

OÍR LA OLA DISTINTA

El ruido que hace la ola esta noche
no es el que se ve. Se ve romper
encrespada (en ella misma), ola que bate
el infinito. Pero yo que vengo caminando
frente a ella, que la oigo, que la sé,
parece que me dice en su arboladura
floreale y por la arquitectura de su espuma
que ese trallazo suyo (por primera
vez) se oye distinto: oí distinto.
¿En dónde vivo? ¿Qué mar es éste?
La región bondadosa deja oír
cómo aprender a oír de nuevo todo.

EL AVE EJEMPLARIZANTE

No hay nada más engañoso que la mística
al Sur del mar Atlántico. Un ave, por ejemplo,
vuela el aire, pero parece incierta
en su fundamental designio verdadero
mueve sus alas blancas en mecánica
conjunción, las dos a un tiempo.
Algo se ve desde aquí certeramente.
Pero al bajar un poco más abajo
sombreada África parece, en la oquedad
el sitio donde puede contemplarse
el vuelo ejemplarizante. De la copa
de un árbol a otro. Vuelo límpido,
azul espíritu del hombre. Mirada
virginal, pobre y concisa, lenta
mirada que se echa al mundo. Un ave
vuela sin recorrido alguno, de árbol
en árbol pacientemente el aire
en el paisaje un sol desconocido.

EL BAÑISTA Y LA BESTIA

He bajado a la playa solamente
para palpar el agua, ver el agua
de cerca, estar con ella un rato viéndola.
He bajado desnudo y entro en ella
desnudo y amansándola: una bestia
increíble. No tiene fauce alguna,
garra alguna; es dulce, poderosamente
dulce, tendida, espumeante, clara,
transparente: me cubre con su lluvia.
Entro en su cuerpo vivo. Ah, braceo
su cuerpo vivo incandescente, dentro.
Palpo el agua: una bestia infinita.
Muge el oleaje: una bestia infinita.
Estoy bañándome en su belfo cálido,
en pura lengua clara, en su dicción
espumeante, braceo su lenguaje
para abrir los ojos en ti y oírte
por dentro. Tú que sabes dulcemente
a la sal de la tierra, bestia mía,
hermosa bestia mía el mar el agua.